



## MI ÚLTIMO ARTÍCULO

Algunas veces, cuando tomo la pluma como toma el galeote su remo, digo para mí: ¿cuál será mi último artículo? La muerte vendrá á sorprenderme acaso cuando apenas haya trazado el título ó las primeras líneas de un artículo cualquiera. ¿Cuál será?

Siento cariño por ese hijo desconocido, á quien dejaré tan pequeñito y huérfano. Yo quisiera decirle: —No es mi culpa; me arrancan de tu lado! Habría querido verte brillar, como á tus hermanos en el mundo; pero sólo pude besar tu frente antes de partir, como besa el padre los cabellos rubios ó negros del hijo que duerme en la cuna y corre á un duelo... y allí muere.

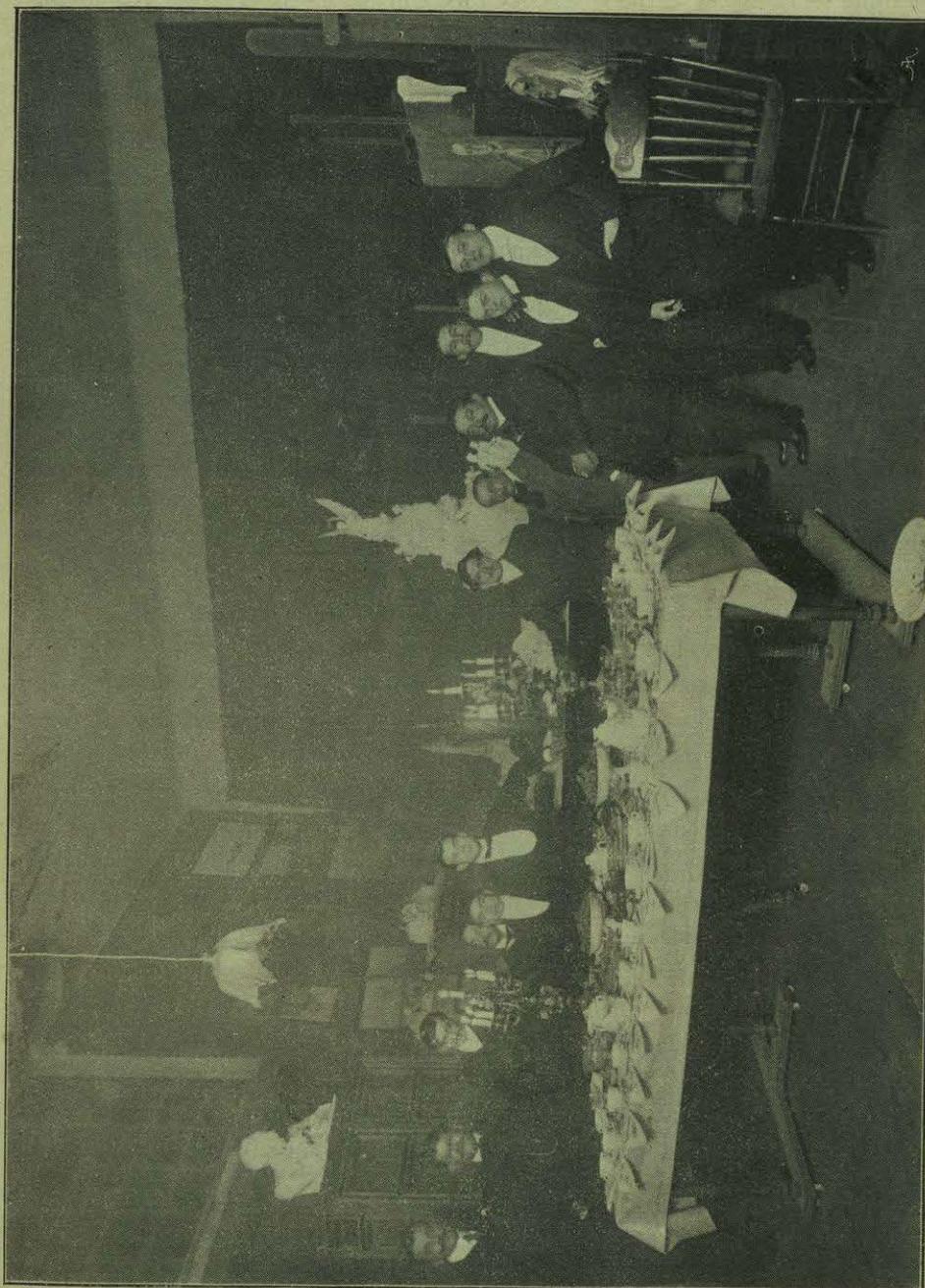
Tal vez la muerte me permita leer mi artículo... Lo escribiré enfermo... lo escribiré agobiado por esa vaga tristeza, que es como la sombra de la eternidad ya próxima; pero... es preciso ganar el pan de cada día... lo escribiré. Tal vez sea muy ingenioso... muy agudo... tal vez haga reír... Acaso —¿por qué no?— sea franco... franco... y haga llorar á algunas almas buenas. Lo más probable es que sea tonto. Pero de todas suertes, esta idea me preocupa: ¿cómo será?

\*\*\*

Parece que el hombre, por decreto del destino, empieza muchas cosas y muy pocas concluye. La vida es lo único que está bien cierto de acabar. Creemos haber terminado una obra, un libro, y al releerlo, hallamos que nuestro entendimiento ha caminado algunos pasos adelante, y que el libro, como la sombra de los que marchan siempre de cara al sol, se queda atrás. Un deseo irresistible de producir, un apetito inmenso de procreación intelectual nos agita y azuza. Pero esas criaturas engendradas en un encuentro fortuito, en la sombra de un tunel nacen desmedradas. Después, nos avergüenzan. Las queremos, porque, al cabo y al fin, son hijas nuestras; pero las queremos con lástima. Sentimos el deseo callado de esconderlas. Y, sin embargo, estamos bien seguros de que pudieron haber sido muy hermosas.

\*\*\*

Y este ahinco de producir, de echar al mundo las criaturas de nuestro entendi-



En el Estudio de Germán Gedovius.—Fot. de Clarke.

miento, crece á medida que la existencia avanza. Se diría que la muerte está llamando y que nos dice: —Vamos. . . . . Apresúrate!— Entonces se vuelve la vista atrás y hasta aquellas hijas de nuestro capricho ó de nuestra reflexión, que antes nos parecieron pálidas y enfermas y á las que por eso guardamos con rubor, en los cajones secretos del bufete, hasta á esas pobres desdeñadas, las decimos: ¡Salid á luz! Vuestros vestidos son muy pobres; pero no hay tiempo ya para buscaros otros. . . . En el lecho de la agonía os legitimamos!—

Victor Hugo coleccionó en los últimos años de su vida, fragmentos de poesías, bases de columna, plintos y capiteles aislados, todos los elementos dispersos de obras magnas que no llegaron jamás á realizarse.

El poeta siente la necesidad de dar á los pósteros no sólo el peso fuerte de su ingenio, sino también los centavos. Es como el jugador que, cuando ya ha perdido los billetes de Banco, las monedas de oro y las de plata, registra los bolsillos de su pantalón, y si encuentra alguna moneda menuda, la pone á un número de la ruleta. Siente la imperiosa necesidad de perder todo.

En ciertos casos, la vida nos parecería buena si tuviéramos la facultad de recomenzarla. Es desastroso no poder corregir *las pruebas* de la vida. Pero el tren avanza, las estaciones quedan atrás, y como la existencia es un «tren rápido,» no se detiene en parte alguna. Para el artista que siente cómo los brazos que antes le ceñían se van abriendo y aflojando, dos son los supremos dolores: Sentir lo incompleto de sus creaciones y la impotencia de dar vida á los seres que le bullen todavía en la imaginación. Toda vida de artista es vida trunca. Sólo la vida de los necios está hecha de una pieza. Es todo lo que se llama un monolito.

Cuando Chénier, al subir al cadalso, exclamó, tocándose la frente —¡Aquí había algo!— expresó la amargura profundísima con que muere el artista verdadero.

\* \* \*

Las hijas predilectas de nuestra inteligencia, son las que nadie conoce. Se parecen á las muchas hacendosas que no concurren á los bailes, que no van á teatros, que no tienen novios, pero que siempre son las preferidas en la casa. Suelen venir muy tímidas á nuestro gabinete de trabajo, y decirnos á media voz: —¿Qué. . . no salimos?— Pero de tal manera las amamos, que, al verlas en la calle, de trapillo, preferimos tenerlas encerradas.

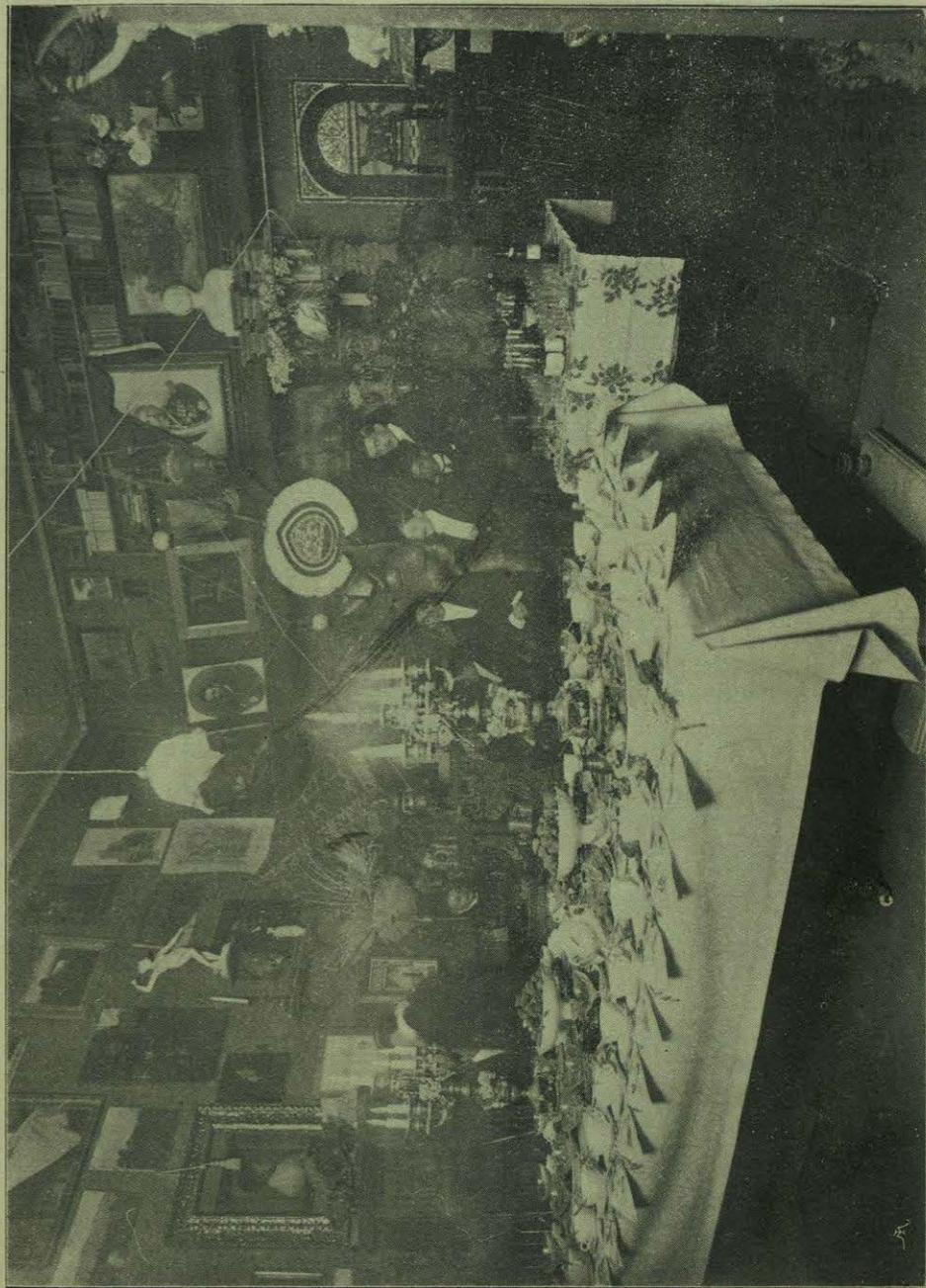
Por eso contesta el padre á esas desconocidas criaturas: —Aguardad! . . . Cuando sea rico, cuando haya estudiado mucho, cuando pueda daros la clámide ó el vestido damasco, ó las frementes alas de águila, entonces os entregaré á la admiración.

Esperando esas dichas que no llegan, quédanse en los desvanes del cerebro —como dijo un poeta,— y cuando llama la impasible muerte y sus labios de mármol se entrecierran y de esos labios brota el —ven! ya es hora!— sentimos hondo, intenso desconsuelo, por no haberlas lanzado al aire libre, por haberlas tenido en reclusión, y nos despedimos entonces de la vida, diciéndolas aquellos versos memorables de un gran poeta sevillano:

No me admira tu olvido: aunque de un día  
Me admiró tu cariño mucho más,  
Porque lo que hay en mí que vale algo,  
Eso. . . ni lo pudiste sospechar.

\*

La novela soñada, el drama concebido,  
la obra para cuya realización quisimos



En el Estudio de Germán Cedovius.—Fot. de Clarke.

enaltecernos y purificarnos, como se purifica el niño para su primera comunión, quedan en el sagrario del espíritu. Tal vez van con nosotros á la tumba y allí nos perdonan el haber sido carceleros, y en estrecho abrazo, como el de Cuasimodo y Esmeralda, nos consuelan.

El artista no llora lo que deja en el mundo, sino lo que se lleva. La frase más sen-

tida, la más sublime, es la que calla.— ¿Cuál será mi último artículo? —preguntaba yo al empezar éste. Pues será algún artículo banal, alguna pieza de tocador, un juguete de porcelana ó terracota. El artículo en que pongo el alma toda, es el artículo que jamás escribiré.

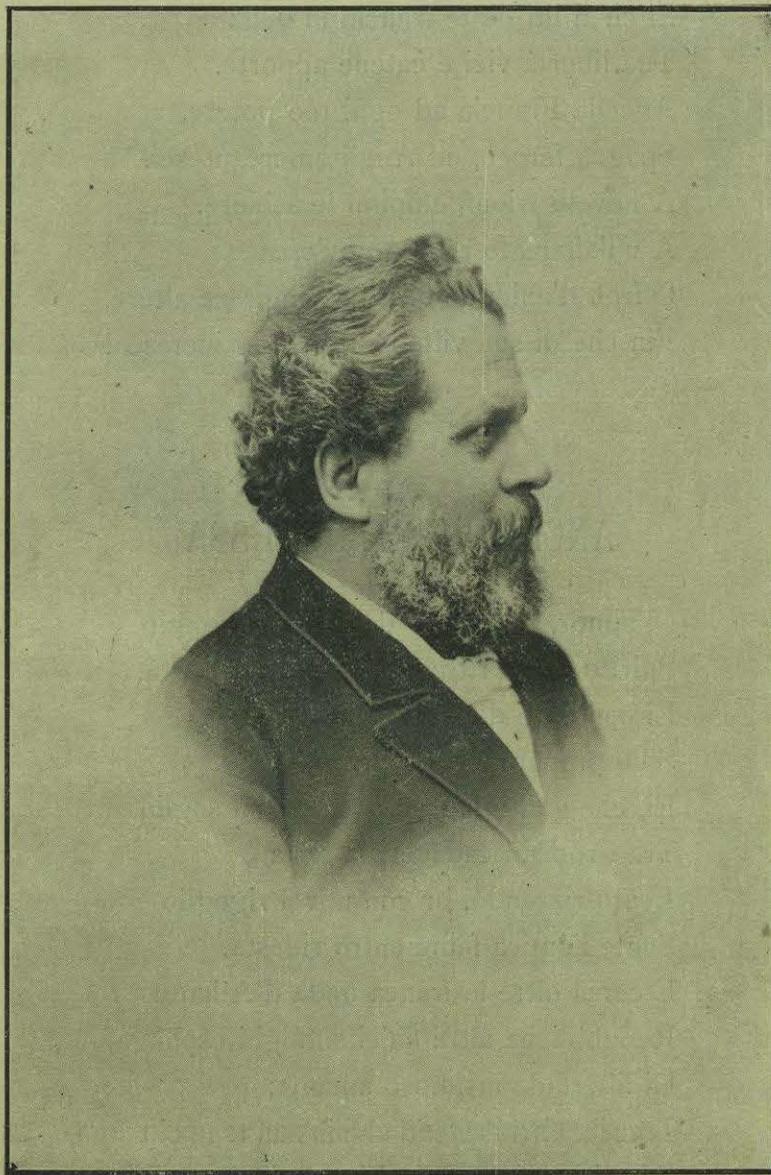
M. GUTIÉRREZ NÁJERA.



En el Estudio de Germán Gedovius.—Fot. de Clarke.



En el Estudio de Gerónimo Gedovius.—Fot. de Clarke.



Giosué Carducci.

## PER LA SPEDIZIONE DEL MESSICO

O albergo di tiranni, o prigion fella  
 Di plebi oppresse lacerate e smorte,  
 Fucina di servaggio ove ritorte  
 Ad ogni gente tirannia martella;  
 Chiama, Europa, a'tuoi segni anco la morte,  
 Altre d'uomini vite, empia, macella,

Sí ch'ai liti da te franchi la bella  
 Tua libertá vizi e catene apporte.  
 Ancella Francia ad ogni reo potere,  
 Spagna feroce, ed Anglia mercantesca  
 A novelli trionfi empion le schiere.  
 A un'affamato régolo nov'esca  
 Offron d'anime e terre. O imprese altere,  
 Fin che di sua viltade al mondo incresca!

### ANCHE PER LA STESSA

Timor, pudore, o de l'avito orgoglio  
 Spirito alcun ritragge gli altri: ei resta,  
 Ei consuma da sol l'inclita gesta,  
 Solo prepara il disonesto spoglio.  
 Ei, che guató ladron nocturno al soglio  
 Tra i romani cadaveri la testa  
 Lento rizzando, or con novel rigoglio  
 Sente l'antica fame entro ridesta.  
 E cerca oltre la franca onda d'Atlante  
 Repubbliche altre ch'ei soffoghi espenga,  
 Di libertade insidioso amante;  
 Traccia altri armenti che in sua tana ei tenga,  
 Caco imperial, Deh, Libertade, errante  
 Alcide, quando fia che tu sorvenga!

GIOSUÉ CARDUCCI.



## LOS PREDESTINADOS

### I

«Son extraños —dice Mauricio Malterlinck.— Parecen más cerca de la vida que los otros niños y no sospechan nada, y sin embargo, tienen sus ojos una certeza tan profunda, que es menester que lo sepan todo y que más de una vez hayan tenido tiempo de decirse su secreto.»

Yo los he conocido en una mañana gris del pasado Otoño. Jugaban los tres en el Parterre, vigilados por la Miss, alta y huesuda, que leía, sentada en un banco, una novela de Carlos Dickens. Eran tres hermanos, pálidos, delgaditos y enfermizos; los tres con grandes ojos negros, húmedos y tristes; azuladas ojeras y largos bucles de azabache.

Jugaban sin apenas hablar, con ademanes lentos, pausados, sonambulescos, como figuras de ensueño.

Me senté en el banco, junto á la inglesa, y permanecí largo rato contemplándolos. El Sol otoñal les envolvía en su luz amarillenta como claridad de lampadario sepulcral. Los árboles dorados del jardín formaban melancólico telón de fondo, y en la claridad triste, se movían los tres como personajes de un teatro de fantasmas.

—¿Están enfermos? —pregunté á la Miss.

Ella cerró el libro, alzó la cabeza y con indiferencia me respondió:

—Sí.

—¿Anémicos? —torné á interrogar.

Esta vez no me contestó directamente. Se contentó con llevarse una mano al pecho y murmurar entre dientes:

—Su padre. . . y calló para seguir leyendo la historia de Olivier Fwist. Permanecí largo rato ensimismado.

La mercenaria consultó su horario; luego llamó:

—Jak! Fanny! Baby!

Los niños acudieron obedientes. Ella con brusquedad remedió el desorden de sus trajes; honróme con leve inclinación de cabeza y se alejaron, delante los tres niños, cogidos de la mano; detrás el aya, siempre con los ojos fijos en el libro, por una calle del jardín, donde el Sol pálido dibujaba la silueta oscura de los árboles.

### II

Hay en el Retiro un lugar que la Primavera viste con sus galas, por donde apenas si pasea tal cual solitario soñador, ó alguna pareja enamorada. Es una larga calle que, comenzando en el Angel caído, para con-

cluir en la avenida del Perú, corre entre dos cunetas que se elevan formando suave pendiente. En Abril y Mayo, florida de lirios. Arriba yérguense los álamos del paseo nuevo, y en Primavera, cuando el Sol poniente tiñe de rosa el cielo, es bello espectáculo el de los árboles oscuros que surgen de la pendiente azul irisada, para recortarse sobre el dorado fondo del cielo, como en las tablas de los primitivos.

Y yo, que en Otoño gusto de pasearme por el Parterre, amable evocación de los viejos parques ducales, gozo en las tardes abribeñas recreándome en la gloria del crepúsculo angélico.

En uno de estos anocheceres, en que ambulaba sólo y melancólico, deteniéndome, de vez en cuando, para contemplar la puesta del Sol, creí percibirlos y apresurando el paso me reuní con ellos.

La Miss caminaba lentamente, con un libro según costumbre, entre las manos; Jak cogía Iris y su hermanito le contemplaba con los grandes ojos ingenuos muy abiertos, y toda la carita fruncida con un gesto de atención profunda. La inglesa alzó los ojos del libro vigilantes y al ver la diversión á que los niños se entregaban, llamó con su voz aguda, un poco estridente, que vibraba procaz en la calma augusta de la tarde:

—¡Jak, aquí!

Los niños se acercaron sumisos, estrechando el mayorcito una brazada de lirios contra el pecho. De una manotada arrojó ella las flores á tierra y la voz inarmónica tornó á chirriar:

—¡No coger porquerías!

Vi los ojos del niño llenos de lágrimas, pero no protestó, no dijo nada. Su hermano recogió furtivamente una flor del suelo y se la dió; después siguieron andando, lentos, unidos, tristes. . . .

Yo pregunté á la inglesa:

—¿Y Fanny?

—Murió.

### III

mas he hallado á Baby.

Sentada en un banco la Miss leía el sempiterno libro y junto á ella he ido á sentarme. Mientras, el niño jugaba junto á la verja enlazada de pasionarias que cerca el parque. He entablado conversación con la guardiana, que á fuerza de verme ha concluido por cobrar confianza en mí.

—¿Toma el niño las aguas?

—Sí, señor.

—Le sientan bien.

Ella se encogió de hombros. Con el corazón oprimido le he preguntado:

—¿Y Jak?

Ha hecho un gesto vago señalando al firmamento de azul intenso. Yo he sentido apretarse el nudo que tenía en la garganta y mi angustia se ha acrecentado; al fin ha formulado lentamente:

—Ha muerto la primavera pasada.

La piedad me ha arrancado una pregunta; grito del sentido de humanidad herido.

—¿No tienen madre?

—Sí, señor. . . . pero está en Biarritz.

Y la mercenaria me ha contado con amarga saña una historia frívola, cruel y galante, poniendo en ella toda la hiel de su recio destino que le condena á ella, pobre virgen infecunda, á prodigar cuidados á criaturas enfermas, mientras aquellas otras á quien la Naturaleza obliga, violan sus sacrosantas leyes, en perpetua persecución del goce. Sus palabras eran secas, sus gestos bruscos ayunos de amables damerías.

Mientras duraba nuestra plática, un niño campesino se ha aproximado á la verja y entablado conversación con Baby. ¿Habéis fijado alguna vez vuestra atención en esos pordioseritos provincianos que vagan por los caminos? En sus rostros infantiles falta la alegría picaresca, un poco insolente de los golfos madrileños. Son humildes y con sus ojos sumisos parecen implorar piedad. Hay en ellos como una advertencia resignada del dolor que la vida les guarda. Yo sé deciros, que no puedo verlos sin sentir una compasión inmensa por sus miseros destinos. Aquél era rubio, muy pálido, delgadísimo, y con unas pupilas azules, enormes, melancólicas. Baby parecía haber he-

cho buenas migas con él; y ambos charlaban como pájaros prisioneros al través de los barrotes.

El aya ha sentido honda indignación.

—¡Baby! ¡ven aquí ahora mismo!

El niño ha obedecido tristemente, mientras el paria ha seguido su camino carretera alante al través de los campos estériles, yermos, entoldados de azul; como

en los paisajes Galias he recordado las palabras del maestro: «. . . Son ya hermanos y se diría que se reconocen por señales que nosotros no vemos y que se hacen en el momento en que no les observamos, la señal del silencio. Son hijos atentos de la muerte precoz.»

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.

## SENSIBLE DEFUNCIÓN

Acaba de bajar al sepulcro, la Señora Doña Avelina González de Guerra, madre de nuestro estimado amigo, el distinguido escultor, D. Enrique Guerra, cuya profunda pena compartimos de corazón.